

Corolario sobre jóvenes, el último eslabón de una cadena de violencias

*Elizabeth Gómez Etayo**

*César Núñez***

Los jóvenes aparecen como un actor social para el Estado colombiano cuando constituyen un problema a resolver, especialmente por el recrudecimiento de la violencia derivada del narcotráfico, que inauguró el uso de hombres muy jóvenes para asesinar, desde reconocidas figuras públicas hasta personas del común que se constituyen en objetivo bajo la justificación del llamado "ajustes de cuentas". Los sicarios y las pandillas juveniles empezaron a cobrar importancia en las zonas pobres, marginalizadas, excluidas y tugurizadas de diversas ciudades colombianas; desde capitales hasta municipios menores, al erigirse como una de las opciones más rentables, atractivas e interesantes para una generación *sin futuro*.

Esta situación nos devela que tanto la sociedad como el Estado colombiano y en su interior, las familias y el sistema educativo en general, han venido fracasando como opción de vida para las nuevas generaciones, quienes vienen creciendo, desde finales de los años ochenta, sin grandes paradigmas, sin grandes íconos para admirar y sin un proyecto de sociedad lo suficientemente interesante como para reemplazar la seductora ostentación de las armas y, en consecuencia, el prestigio que producen especialmente en contextos empobrecidos material y culturalmente. Al respecto, para analizar la relación entre identidad juvenil y violencia, en uno de los grupos focales se les preguntó a los jóvenes: ¿Qué significa ser joven en tu barrio? Y esto fue lo que uno de ellos respondió:

* Docente e investigadora del grupo Conflictos y Organizaciones. Directora del Instituto de Estudios para la Sostenibilidad de la Universidad Autónoma de Occidente. Correo electrónico: egomez@uao.edu.co

** Docente e investigador, facultad de Ciencias Sociales y Humanas, del Programa de Psicología, Universidad de Medellín, Colombia. Correo electrónico: cnunez@udem.edu.co

Ser joven aquí es creer que todos estamos en la delincuencia, porque la delincuencia esta más enfocada hacia los jóvenes. Claro que esto sucede porque muchos ven todo más fácil y quieren hacer todo por las malas. Así, el mayor riesgo de ser joven en mi barrio, es que lo maten a uno, es riesgo de morir, de caer en el vicio, de robar, de que lo roben a uno, mejor dicho, riesgo de todo. También es riesgo de ser rechazado, de ser señalado por la sociedad, porque por el solo hecho de ser joven pobre, ya creen que todos andamos en el vicio. Cuando la gente sabe que uno es de aquí inmediatamente piensan: "Uy, me van a robar o me van a matar". (Grupo focal en Cali-, octubre de 2013)

La mayor parte de las actividades de diversión, muchas de las cuales están asociadas al consumo de licor, suponen altos riesgos que los propios jóvenes y sus familias han aprendido a sortear. En estos espacios de esparcimiento es perceptible que los vínculos entre los y las jóvenes que no están en dinámicas de conflictos y violencias con los que sí están, es estrecho, en el caso de las mujeres es más claro, pues los jóvenes envueltos en dinámicas de violencias son los que tienen dinero para invitarlas a fiestas y una forma de lograr aceptación y reconocimiento social entre sus pares, es invitarlas y pagar por su consumo. Esto quedó implícito en el ambiente de conversación al preguntar de dónde sale el dinero para ir a la fiesta, para el transporte, para consumir licor y pagar la entrada a las fiestas, entre evasivas los jóvenes se limitan a decir "que el licor sale, que el dinero sale", pero no es claro de dónde sale. Era como si quienes estuvieran haciendo las preguntas ya tuvieran claro, o deberían tenerlo, de dónde sale y no era necesario preguntarlo.

¿Cómo puede un joven de un sector pobre tener dinero para una fiesta y consumir licor, si sus padres escasamente cubren las necesidades básicas del hogar? Pues de los amigos, y los amigos ¿Dónde la obtienen? Pues de pequeños trabajos, la mayor parte de los cuales están asociados a negocios ilícitos. Pero de eso no se habla claramente. Hay una complicidad implícita con el mundo de la ilegalidad que inicia desde la propia consecución de la vivienda familiar y por las mismas circunstancias socioeconómicas, presionadas y promovidas por el Estado, o mejor, por la ausencia del mismo y en su lugar, por el mercado. La casa es ilegal, los servicios públicos de agua y luz, son ilegales, el trabajo es informal, muchos artículos, bienes y servicios, necesarios para la cotidianidad se consiguen más baratas en la ilegalidad y los bienes y servicios suntuarios, como el esparcimiento, son cubiertos por dineros que provienen de la ilegalidad. Aunque la participación de algunos jóvenes en tales negocios sea juzgados negativamente, también existe una cierta aceptación social frente a la precariedad de opciones.

Se ha generalizado la idea de que las actuales formas de violencia en las que participan los jóvenes han establecido un cierto tipo de fronteras que son invisibles. Esto significa que los y las jóvenes saben que no deben transitar por ciertas zonas porque esos sectores corresponden a un grupo enemigo, aunque ellos y ellas no estén directamente envueltos en algún conflicto. Esto fue lo que dijeron sobre las llamadas fronteras invisibles, sobre su "pedazo", entendido como el sector donde se sienten seguros. El siguiente corresponde a un testimonio de una joven en Cali:

En el barrio La Paz hay varios pedazos, esta La Pecera, están Los Pericos, están los del Polvero, la Playa y así... Yo vivo en la mitad de todos ellos. Ellos mantienen peleando. ¿Por qué? Porque unos se meten allá, van y roban a otro pedazo sabiendo que son los parceros de nosotros. Aunque con la gente que no esta en *ponches* casi no se meten. Por ejemplo, a mí nunca me han robado y si me roban, recupero las cosas con mis amigos. A veces hay unos muchachos que no son de acá y van y devuelven las cosas, si no las han vendido. Allá también mataron al que vigilaba el barrio, por sapo. Es que en el pedazo de Los Pericos vendían drogas, ellos son los jíbaros. Allá los policías no se pueden meter, porque si se meten los corretean y les quitan la moto, los tumban o les pegan con cualquier cosa. Cada banda o ponche tiene unos 40 o 50 muchachos. Cada vez son más pequeñitos, no los dejan ni crecer. No llegan ni a los 15 años, andan con cuchillos de carnicero y con fierros, el otro día robaron la droguería de la esquina de mi casa, era unos peladitos como de 8 años. A partir de los 5 años los están entrenando para que roben, los entrenan unos muchachos que se hacen en el sector del Palo, en la Invasión, le enseñan como robar un celular, cómo disparar y cosas así. La gente no se da cuenta porque lo hacen atrás de la invasión en una canchita, yo me di cuenta porque por allá vive una amiga y una vez vimos, eran niños de 7 u 8 años.

Llama la atención la normalidad con que estos jóvenes describen estos hechos, como relatos cotidianos a los que se han acostumbrado, con los que se encuentran y viven a diario. El hecho de que la policía no pueda circular por ciertos sectores nos deja pensando si realmente no pueden o simplemente no les interesa, porque más adelante aclararon que este desconocimiento de la fuerza pública por parte de la comunidad, ocurre cuando se trata de dos policías en una moto, pero cuando entran varios policías en operativos, usando camionetas y ostentando poder, no ocurre lo mismo, pero esto es inusual, por lo menos en el sector mencionado.

Desde pequeños los niños van siendo incorporados bajo distintas estrategias a los diversos grupos, muchas veces por el solo hecho de estar más cerca

de su lugar de vivienda o porque sus hermanos mayores participan en ellas. Varios interrogantes quedan en el ambiente. ¿Cuál es el futuro de un niño que desde temprana edad esta conviviendo con las formas del negocio ilícito? ¿Cuál es el futuro de un niño que desde temprana edad esta aprendiendo a robar y a manipular armas? ¿Quiénes son, a qué se dedican y en dónde están sus padres y madres? ¿Qué hace el Estado por esta situación? ¿Si ni siquiera su cuerpo armado entra a estas zonas? El panorama es desolador, pero la violencia, sus actores y sus modos de operación tienen rostro y están claramente identificados. La gente de los barrios, los y las jóvenes saben muy bien cómo funciona.

Muchos de los niños que son usados hoy como carnadas de las Bandas Criminales y que se hacen pasar como pandillas juveniles, son hijos de los y las jóvenes que hacen veinte años estaban en dinámicas de conflictos y violencias, los llamados jóvenes en alto riesgo. Son hijos también de familias obligadas a desplazarse a Cali y Medellín, sea por la presión violenta directa de grupos armados legales e ilegales en sus zonas de origen o por la presión económica de un campo arrasado. Estos niños han nacido en una zona de desarrollo humano incompleto también llamada invasión, han aprendido desde pequeños lo que es una frontera invisible antes de aprender a leer o sumar. Sus cortas vidas no han tenido chance de tan siquiera soñar con que otro mundo es posible. Sus juegos de niños son réplica de la crueldad de los adultos y su energía vital infantil, preadolescente, adolescente y juvenil es hábilmente focalizada o canalizada por un mundo adulto criminal que los induce al consumo de drogas y después los convierte en pequeños expendedores.

Desarticular estas cadenas de crimen organizado dependería de un plan integral de intervención social que incluya: aplazar la edad para tener el primer hijo, mejorar la calidad y cantidad de la vinculación escolar y prevenir de manera contundente la deserción escolar. Donde la escuela llegue a ser tan interesante y sugestiva, que no haya necesidad de satisfacer la curiosidad infantil y juvenil en dinámicas extraescolares de riesgo; cabe pensar también, qué otro tipo de institución podría reemplazar a la escolar. Educar a los hombres y las mujeres jóvenes, desde temprana edad, para que tengan mayor respeto y control sobre su cuerpo, su sexualidad y el de sus parejas, de forma que la maternidad no sea el principal motivo de realización femenina ni la satisfacción sexual masculina sea su derrotero, es decir, para que construyan una vida propia. Estas acciones tan simples desde una mirada externa, parecen ser impensadas por el Estado colombiano en cabeza de las administraciones

locales. Pasan los años y las décadas, repitiendo errores de intervención social y malgastando los recursos del Estado en programas sociales que no logran impactar realmente esta realidad (González, 2012).

Los y las jóvenes manifiestan múltiples paradojas para comprender y afrontar las violencias en sus sectores. La justicia fácilmente es confundida con venganza. La ausencia de autoridad estatal y las armas en manos de múltiples actores sociales, hacen que la confusión crezca y se recrudezca. En sus comunidades las personas legitiman las acciones violentas y delictivas de algunos jóvenes, porque no es claro el panorama de cuáles podrían ser otros caminos. También porque los actores son reconocidos como la autoridad y el orden, en medio del caos, la ausencia de poder legal y legítimo, y la precariedad.

Al respecto, no es pertinente servir de caja de resonancia para comprender estas dinámicas y referirse a ellas como un fenómeno anónimo llamado “la violencia”, no, estas formas de violencia están claramente identificadas, son derivadas de los tráfico de drogas y armas que circulan sin barreras por los barrios más pobres de las ciudades y que el Estado podría controlar y erradicar, si tuviera el genuino interés de afrontar esta tarea y si su cuerpo policial fuera otro; bien pago, bien educado y con un capital cultural claramente diferenciado de estas redes de tráfico, eufemísticamente llamadas microtráfico. Los jóvenes y niños articulados en bandas criminales son el último eslabón de una cadena delincencial bien estructurada, ellos son usados como carnada y reciben las migajas del negocio aprovechando su ímpetu juvenil y deseo de superación en un contexto de extrema marginalidad y bajo capital cultural. Finalmente, cerramos con el mismo interrogante planteado por un joven, frente a una pregunta que lanzamos en un grupo focal.

- ¿Muchachos, ustedes se imaginan el día en que no haya más ponches, pandillas, bandas o grupos en disputas violentas?
- Joven: Póngalo mejor así: ¿usted se imagina el día en que haya trabajo para todo el mundo?

Con su pregunta, el joven, termina cuestionando de nuevo, al mundo adulto e institucional; el principal problema no esta en los jóvenes y sus dinámicas, para los jóvenes el principal problema es, justamente, que ellos sigan siendo vistos como problema desconociendo sus necesidades, sus mundos, sus complejidades, para reducirlo a un asunto de pandillas juveniles. Por eso, los jóvenes son el último eslabón de una cadena de violencias, no la causa.

Referencias

González, J. (2012). Mundos populares, entre el desplazamiento y el poblamiento. Memorias e interculturalidades en el Distrito de Aguablanca en Cali. *Revista científica Guillermo de Ockham*, 10(2), 13-28. <https://www.redalyc.org/pdf/1053/105325282002.pdf>



Juventud, violencia y paz
Experiencias investigativas en barriadas populares de Cali y Medellín

Se terminó de imprimir en 2020
en Xpress Estudio Gráfico y Digital - Kimpres

Para su elaboración se utilizó papel bond bahía 70 g
en páginas interiores y propalcote 250 BD en cubierta.
La fuente usada es Egyptian505 BT a 11 puntos.